

En el fondo, las limitaciones que se han señalado más arriba tienen una causa que es a la vez su solución. Halík ofrece sus reflexiones a partir del misterio de Dios, pero apenas recurre la Encarnación mediante la cual el Dios escondido y misterioso se hace cercano y accesible en Jesucristo. Completar su reflexión con el significado de Cristo en quien el misterio invisible y silencioso de Dios se hace Imagen y Verbo enriquecería sin duda su perspectiva y limitaría en cierta manera la preponderancia que ahora tiene la teología negativa. El encuentro con Dios se muestra entonces no sólo como el misterio que siempre nos supera, sino como la cercanía de Dios a través de la carne, de circunstancias históricas contingentes, de la imperfección de lo humano. Entonces, el riesgo de que el acceso a Dios en su misterio esté, en la práctica, reservado a una élite, también intelectual, cede ante la posibilidad de que todos puedan encontrarlo a través de imágenes, palabras y celebraciones accesibles a los sencillos.

Federico M. VENTOSA

César IZQUIERDO, *El Mediador, Cristo Jesús*, Madrid: BAC
(«Estudios y ensayos», serie Teología), 2017, 204 pp., 13,5 x 20,5,
ISBN 978-84-220-1958-9.

El autor, Profesor Ordinario de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, posee una reconocida trayectoria investigadora en las áreas de la teología de la fe, la epistemología teológica y la cristología. El objetivo de este libro es introducir en la teología de Cristo mediador.

La categoría de la mediación tiene raíces en la Sagrada Escritura y ha sido objeto del pensamiento cristiano desde la etapa patristica. Sin embargo, al mismo tiempo puede decirse que se trata de un tema en cierto modo novedoso: está despertando un creciente interés en el panorama teológico actual debido a su idoneidad para superar divisiones en la reflexión cristológica. A lo largo de la historia se han sucedido distintas formas de separar en Cristo su ser divino y humano, su ontología y su misión salvífica, y ese tipo de dicotomías se proyectaron en un distanciamiento metodológico entre cristología y soteriología. Frente a estas disyuntivas, la idea de mediación se destaca como un camino particularmente adecuado para recuperar la reflexión unitaria sobre

Jesucristo, ya que en la realidad del Mediador confluyen necesariamente uno y otro término: su divinidad y su humanidad, su ser y su obrar redentor. Cristo *ejerce* una mediación salvífica única y definitiva precisamente porque *es* mediador, Dios y hombre.

Más que llevar a cabo una exposición sistemática, el autor se propone ofrecer los fundamentos para comprender la relevancia de este tema, presentar el estado de la cuestión, y aportar perspectivas que amplíen y enriquezcan la investigación actual. Reúne aquí algunos trabajos inéditos junto a otros ya publicados, que han sido revisados e integrados como pasos sucesivos de una misma reflexión. De este modo, no obstante la diversidad de su origen, la obra posee una coherencia estructural y temática. Está compuesta por una introducción y siete capítulos.

En la Introducción se plantea con gran amplitud la importancia de este tema en orden a responder a las preguntas radicales sobre el sentido de la existencia humana y de la misma realidad. Es preciso descubrir claves que permitan superar el fraccionamiento y la superficialidad que caracterizan algunas propuestas de la ciencia y la cultura de nuestros días, con dramáticas consecuencias para el hombre y para la convivencia. En este contexto, el autor expresa la convicción de que en último término, «todo lo que en el mundo es distinto, contrario y aparentemente incompatible sólo encuentra una respuesta adecuada y esperanzada en Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres» (p. XV). También dentro del campo formalmente teológico, la realidad de Cristo mediador «constituye una clave fecunda para presentar toda la teología de los misterios revelados, así como la misma moral» (*ibid.*).

El primer capítulo («Mediador *desde* Dios *para* el hombre») constituye una especie de pórtico donde se trazan las grandes líneas de la doctrina sobre el Mediador. Es interesante la perspectiva antropológica en la que se enmarca la cuestión: el hombre, ser finito capaz de Dios, necesita un punto de acceso y encuentro con el Ser infinito y trascendente. A través de Cristo, único mediador entre Dios y los hombres, «la soledad desaparece y se abre paso una explicación de la existencia humana dotada de fuerza y claridad inusitadas» (p. 6). También es destacable el tercer apartado, donde, en contraste con otras posiciones doctrinales, el autor desarrolla el principio de solidaridad como fundamento de la causalidad salvífica del sacrificio redentor de Cristo. No se trata de una mera solidaridad natural o moral, sino de que Cristo, al encarnarse, se ha unido en cierto modo con todo hombre (cfr. GS 22). De este modo, la «comunidad» de Cristo con los hombres tiene su fuente no sólo en la

cruz y en el bautismo, sino ante todo «en el hecho y en el instante mismo de la encarnación del Hijo de Dios» (p. 22). Con esta idea –arraigada en la Escritura y la Tradición–, se subraya «la convergencia entre la solidaridad que establece la encarnación y la función de mediador» (p. 23): el nuevo Adán nos ha redimido y ha sido constituido cabeza de la humanidad renovada.

El segundo capítulo («Cristo mediador: primogénito, cabeza, nuevo Adán») contiene una síntesis clara de los fundamentos bíblicos de la mediación. Se presenta en primer lugar cómo se prepara la revelación del mediador a lo largo del AT, a través de diversos tipos de mediadores e instituciones de mediación. Y a continuación se muestra la plenitud que se concentra en el único mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo. Se analizan con detalle los textos paulinos donde se emplea expresamente el término *mesites*. Y más allá de estos escasos pasajes, se pone de manifiesto que se trata de un concepto transversal en todo el NT, particularmente adecuado para describir la naturaleza y la misión de Cristo: el Verbo encarnado para nuestra salvación, sacerdote, rey y profeta, primogénito, nuevo Adán, cabeza de la Iglesia que reúne a los hijos de Dios y es germen de la nueva creación.

A continuación se estudia la interpretación del concepto de mediador en la tradición teológica, desde la etapa patrística hasta la edad moderna, a través de tres autores singularmente representativos de este amplio periodo: san Ireneo, san Agustín y santo Tomás de Aquino. Entre los aspectos tratados cabe destacar cuestiones en torno a la doble dimensión descendente y ascendente de la mediación; la idea del «admirable intercambio» que desarrolló san Ireneo; la «*divina humanitas*» y la «*humana divinitas*» que caracterizan al mediador en san Agustín; la relación que establece santo Tomás entre el lugar *medio* que corresponde al Verbo en el seno de la Trinidad y la mediación que ejerce en su encarnación redentora, etc.

En el capítulo 4 («El mediador y la historia») se aborda la cuestión cristológica desde una perspectiva más próxima a la teología fundamental. Cristo mediador es verdadero Dios y verdadero hombre: esta realidad implica el misterio de la entrada del Eterno en el tiempo, la vida del Infinito en la finitud de su verdadera humanidad. Sus acciones, por tanto, pertenecen a la historia y al mismo tiempo la trascienden. El misterio de Dios se hace accesible en Cristo, cognoscible por nuestros sentidos y nuestro entendimiento finito, mientras permanece invisible e inabarcable en su trascendencia divina. En este marco se plantean los debates sobre la relación entre el «Jesús de la historia» y el «Cristo de la fe», el alcance del empleo del método histórico-crítico en el estudio de la Biblia, las

relaciones entre fe e historia, etc. El autor trae a discusión observaciones clarificadoras de M. Blondel sobre la metodología teológica y el fundamento histórico-real de la fe cristiana. Izquierdo concluye que «la crítica radical a la historicidad del Nuevo Testamento es problemática porque deja sin explicar el hecho de la fe (además de por profundas razones de orden histórico y teológico). Y al contrario: a partir de la fe se puede conjeturar con fundamento la realidad de hechos en los que se manifiesta la acción de Dios» (p. 122).

En el siguiente capítulo, esta relación entre historia y eternidad, finitud e infinitud, se traslada al núcleo de la conciencia de Cristo. ¿Qué reflejo tiene la unión real entre divinidad y humanidad, propia del único mediador, en la intimidad de Cristo? «El Verbo es la absoluta interioridad de Jesús. Por eso ve al Padre, entiende y quiere el conjunto de su vida» (p. 123). ¿Cómo adentrarnos en el misterio de la conciencia humana que poseía de su Persona divina? Se trata de un aspecto importante para profundizar en el misterio del ser de Jesucristo y de nuestra salvación. Aunque no es una cuestión nueva, ha adquirido un renovado protagonismo en la teología moderna. Izquierdo dialoga con las posturas de autores como Guardini, Ratzinger, K. Rahner, von Balthasar y Blondel, entre otros; y propone al final una interesante síntesis teológica.

El capítulo sexto estudia la mediación de Cristo estableciendo una comparación enriquecedora entre tres perspectivas complementarias: el magisterio, la enseñanza de los santos, y el pensamiento teológico. Para este análisis utiliza como guía una selección de textos del Vaticano II en los que el cristocentrismo característico de este Concilio se explicita a través de la categoría de la mediación. Después estudia el mensaje de S. Josemaría Escrivá, cuya doctrina posee un fundamental acento cristológico que impregna la vida de todo fiel cristiano, incorporado a Cristo por el bautismo y configurado con Él como sacerdote de su propia existencia, en unión con el sacrificio eucarístico. Y por último se presentan algunos aspectos del pensamiento teológico de J. Ratzinger, en particular, acerca del puente que establece entre cristología y soteriología, y sobre su doctrina sobre la redención.

El libro se cierra con una última reflexión acerca de la posibilidad de participar de la única mediación de Cristo en la Iglesia: «no encontramos a Cristo sino en la Iglesia querida e instituida por él, en la que continúa su presencia y acción»; y de este modo, la mediación eclesial no es realmente distinta de la de Cristo, sino la «continuación histórica de la única mediación de Cristo» (p. 185). En diálogo con la teología protestante, se subraya la necesidad de superar la «tentación de lo disyuntivo» y se pone de manifiesto que «la Iglesia

es humana desde Cristo, y también desde Cristo es divina» (p. 186). El autor destaca la importancia de la *traditio* apostólica en la articulación histórica entre Cristo y su Iglesia, y analiza después dos cuestiones claves para explicar la participación de la Iglesia en la acción mediadora de Cristo: la imagen paulina del Cuerpo de Cristo y la teología de la sacramentalidad de la Iglesia. Las analiza atendiendo al particular desarrollo que han recibido en torno a las enseñanzas del Concilio Vaticano II. La compleja realidad de la Iglesia, santa y constituida por pecadores, dispensadora de los medios de salvación no obstante la imperfección de sus miembros, ofrece un carácter paradójico –con expresión de De Lubac–; pero es necesario mantener ambos polos para poder captar su auténtica realidad. Como señala Izquierdo, «así como el misterio-paradoja de Cristo se disuelve erróneamente en una visión monofisita o nestoriana», también «un monofisismo o nestorianismo eclesiales resolvería la paradoja de la Iglesia anulándola como Iglesia de Cristo, capaz de abarcar la humanidad» (p. 200). La conciencia de esta realidad «*complexa*» permite percibir la belleza de la santidad de la Iglesia, junto a la constante llamada a la conversión que dinamiza su historia, de modo que en cada periodo pueda hacer presente el esplendor del «hoy perenne de Cristo, la actualidad plena de su palabra y de su gracia» (p. 204).

Al terminar estos breves apuntes puede afirmarse que esta obra constituye algo más que una introducción a la teología del mediador. Se trata de un estudio riguroso que aporta los fundamentos escriturístico, patrístico y magisterial sobre la mediación de Cristo, en diálogo con la tradición teológica y los debates actuales. Su estructura coral integra diferentes perspectivas metodológicas que enriquecen notablemente la reflexión. Y desde la centralidad de Cristo, medio y mediador, se extiende el alcance de sus conclusiones más allá de la cristología, hacia las demás áreas del conocimiento teológico. Contiene numerosas sugerencias e intuiciones que abren vías a la investigación de un tema nuclear, que proyecta una potente luz sobre la vida del hombre y el sentido de la historia.

Isabel M^a LEÓN SANZ

RESEÑAS

